**FLOR GRANATE EN EL DESIERTO PAGANO**

*El 17 de Enero de 1995, Juan Pablo II, durante su visita pastoral a Papua‑Nueva Guinea, beatificó en Port Moresby (Nueva Bretaña) a PEDRO TO ROT, catequista y mártir. Es fruto significativo de la evangelización que, desde 1882, realizan en aquellas latitudes los Misioneros del Sagrado Corazón Una tierra, que, a la llegada de los primeros misioneros, se contaba entre las más primitivas del mundo entre cuyos habitantes se observaban prácticas de canibalismo, es hoy una floreciente cristiandad, con clero indígena y vida religiosa pujante. Fueron necesarios los esfuerzos denodados de muchos misioneros, en medio de sacrificios, penalidades, también persecuciones, coronadas en ocasiones con el martirio. El catequista Pedro To Rot, ahora beatificado, es un ejemplo.*

**INFANCIA**

Angel To Puia, jefe respetado y rico, vivía con su esposa, María Ja Tumul, una mujer honrada y silen­ciosa, en la aldea de Raku­nai, en el extremo nororiental de Nueva Bretaña. Hombre de gran influencia entre los suyos, la tribu Gunantuna, era considerado como padre y protector, cuyo consejo se buscaba y cuyas opi­niones contaban en orden a la vida de la comuni­dad.

Tuvieron seis hijos. Los dos últi­mos murieron muy niños aún. Pedro era el tercero. Nació en 1912. Se hizo notar enseguida por su docilidad y obedien­cia, aunque estaba adornado de un carácter enérgico.

Su padre vió en él a su futuro su­cesor al frente de su pueblo de Rakunai, lo que le indujo a no mimarle nunca, aconsejarle, re­prenderle, incluso castigarle en los fallos, aunque fueran míni­mos.

Comienza a frecuentar la escuela de la misión hacia los siete años y no falta ni un sólo día, a no ser por causa de enfermedad: Detalle significativo, tanto del cuidado de sus padres, como del pundonor del niño, en un pueblo en que no había obligación de asistencia a la escuela, y, peor aún, en una tribu que no se distinguía preci­samente por su afición a las ideas y costumbres cristianas. Los ni­ños se sentían independientes, libres; vivían con quien les apete­cía. ya fuera con su padre, ya con alguno de los tíos maternos, siempre bajo el dominio consue­tudinario

de la madre, en una sociedad con muchos elementos de matriar­cado clásico.

To Rot era inteligente, captaba enseguida los temas y acostum­braba a estar muy atento. ‘’Era el primero en responder a las cues­tiones del maestro''.

declara uno de sus antiguos con­discípulos. Otro subraya su afi­ción a aprenderse pasajes de la Biblia y

recitarlos sin equivocaciones. Disposiciones que le valieron ser admitido a la primera Comunión en ¡ dad

muy temprana.

‑"Todos conocíamos su actitud religiosa'', declara el catequista To Labit, era humilde y muy de­voto del Santísimo. Algunos chi­cos iban a la iglesia sólo a mirar a todos lados.., él, en cambio, ve­nía porque Jesús estaba en el Sa­grario.

Era un jefe nato. Sus compañeros aceptaban de buen grado su di­rección en juegos y trabajos. Le obedecían y sobre todos ejercía una saludable in­fluencia: Les apartaba a menudo de los hurtos a que tan aficionados son los ni­ños, pidiendo a los dueños per­miso para coger algunos frutos de los árboles y repartirlos entre to­dos Es cierto que en más de una ocasión participó en juegos un tanto comprometidos

profirió palabras malsonantes; pero, en cuanto advertía que el asunto revestía visos de grave­dad, inmediatamente se aferraba a sus principios cristia­nos y se alejaba.

Fué el primero en ofrecerse cuando el Misionero buscó acóli­tos que asistieran con regularidad a las funciones del templo. Nunca dejó de levantar su mano en gesto afirmativo cuando en la escuela se preguntaba sobre quién había hecho las oraciones de la mañana y de la noche. Y cuando se pedía una relación de las actividades del día anterior, la de To Rot co­menzaba invariablemente señalando su ora­ción de la ma­ñana, para anotar a continuación el cumplimiento de las diferentes tareas que sus padres le habían asignado.

Después de las clases, se dirigía a casa. Su padre le hacía preguntas y Pedro explicaba cuanto había aprendido. La felicitación de su padre les estimulaba. Ayudaba luego en las faenas domésticas o en los encargos que le hacían. Obtuvo el permiso de su padre para hacer personalmente una plantación y él mismo se cuidaba asiduamente de ella. Se llevaban muy bien todos los hermanos y Pedro procuraba en todo mo­mento evitar las peleas. Su hermana asegu­raba que nunca se había peleado con él.

Con todos se mostraba educado y servicial y la g ente le quería. Aunque hijo del gran jefe, no sa­bía de arrogancias, ni de altanería. Su predilección por los pobres era notoria. A menudo trepaba a los cocoteros para cor­tarles el preciado fruto.

Siguiendo las costumbres de la tribu, visitaba a su tío To Livuana y se le ofrecía laborioso y obe­diente. Pero su padre no le permitía estancias prolongadas fuera de su casa, prefería tenerlo junto a sí

Nadie crea que Pedro To Rot ha­bía nacido santo Sus travesuras merecieron en más de una oca­sión la reprensión v el castigo por parte de su padre Un día el maes­tro se enfadó con él y hubo de propinarle un cachete El compa­ñero de escuela que lo narra no recuerda el motivo. Otra vez, du­rante la clase de redacción. escribió en su pizarra una fogosa carta de amor adolescente y se la enseñó después de la escuela a Teresa Ja Vinevel. Esta lo comu­nicó a sus propios padres. To Rot lo reconoció enseguida y la borró para poder hacer las cuentas.

**AÑOS DE JUVENTUD**

Convertido en un joven vigoroso y de buen ver, abandona la es­cuela; pero no la instrucción. Todas las ocasiones y todas las lecturas a que puede tener acceso son buenas para incrementarla.

Sus excelentes disposiciones no pudieron menos de llamar la atención del Misionero, que soñó con verlo un día subir al altar como sacerdote. Expuso su pen­samiento al padre de Pedro, que reaccionó muy Juiciosamente:

‑No, Padre, le dijo con una som­bra de pena en sus ojos, no creo que nadie de nuestra generación sea idóneo para el sacerdocio. Demasiado prematuro. Quizá a alguno de mis nietos o biznietos le quepa ese honor. No obstante, si juzga que Pedro puede hacer un buen papel como catequista, no tengo inconve­niente en en­viarle a la Escuela de Catequistas de Taliligap.

Dicho y hecho. En el otoño de 1930 emprendía el viaje hacia la Escuela de Catequistas. El P. Carlos Laufer, el misionero que había tenido la iniciativa, le des­pedía con su bendición al tiempo que le aconsejaba:

‑Sé bueno. Pórtate bien.

‑Lo será, replicó rápido su padre, de lo contrario no será mi hijo.

**EN LA ESCUELA DE CATEQUISTAS**

Al ingresar en la Escuela de Ca­tequistas de Tililigap su preocupación primera fué la de adaptarse. Pregun­tó a los alum­nos veteranos y se acomodó, desde el principio, a los usos y costumbres imperantes.

Loable por su comportamiento en clase, miraba hacia adelante y, silencioso, se mostraba atento a las diferentes explicaciones. De vez en cuando partici­paba en las bromas de sus compañeros; pero volvía a su compostura habitual, en cuanto el profesor hacía la más mínima llamada al orden.

Tampoco rehuía el trabajo ma­nual, como medio de subvenir a las necesidades de la escuela. Do­tado de salud excelente y de un cuerpo robusto, seguía las direc­trices impartidas y no abandonaba una tarea, ni siquiera cuando apretaba el calor, pues ya se había dado cuenta del valor penitencial del trabajo.

Frecuentaba con gusto la oración. Rezaba con auténtico fervor. Pa­saba por la iglesia antes de ir al trabajo, también a la vuelta, y después de las comidas, y varias veces a lo largo del día, cuando las clases le dejaban algún tiempo libre. Sentía profundo amor a Jesús Sacramentado. Co­mulgaba diariamente, per­catándose de que Jesús era la vida y fuerza de sus obreros.

En la Escuela de Catequistas ha­bía tiempos dedi­cados al deporte y expansión. A Pedro le gustaba. Participaba en el fútbol y en otros juegos. Rehuía, empero las discu­siones que se originaban. De temperamento alegre y bromista, cuando dos compañeros se pega­ban, les hablaba bromeando, a fin de hacerles reír y lograr que el enfado se fuera disipando. Si al­guno le molestaban, ni siquiera pasaba por su mente la idea de resarcirse.

Un día cualquiera, jugaban en la calle un grupo de estudiantes. Uno de ellos se empeñó en moles­tarles, hasta tal punto que el resto, indignados, le ataron de pies y manos y lo dejaron aban­donado a su suerte. Pedro contemplaba la escena un tanto alejado; cuando se marcharon, se acercó, desató al desventurado camorrista, corrió al encuentro de los otros, solicitando disculpas, y no abandonó al compañero hasta haber logrado que le dejaran en paz, olvidando el incidente.

Si alguno de sus compañeros sentí hastío por la vida en la Es­cuela y quería marcharse, siempre escuchaba de Pedro pa­labras de aliento, que le hacían desistir de su propósito.

**EL CATEQUISTA**

No fue prolongada su estancia en la Escuela. Su párroco le necesi­taba y le llamó antes de terminar el tercer año. Regresó a casa para convertirse en le catequista más joven de la zona de Rakunai. Era a principios de 1933.

Sus compañeros catequistas recalcan, en sus recuerdos, la modestia y sencillez de Pedro. Se dejaba guiar en su trabajo y aceptaba con gusto los consejos de los veteranos. Bien pronto, sin embargo, hubieron de reconocer su superioridad y acatar con gusto su indiscutible liderazgo, aunque fuese el más joven de todos.

Su actitud no sufrió cambios. Continuó modesto, amable, sencillo, de suerte que logró que entre ellos no hubiera nunca disensiones, ni envidias, ni resque­mores.

Con frecuencia iba, por las tardes, a visitar a su Párroco. Quería continuar su formación. Le plantea­ba las cuestiones a las que él no encontraba respuesta.

No le importaba sólo saber cosas: le importaba sobre todo, penetrarlas hasta el fondo, lo que no era, a la verdad, fenómeno frecuente entre los nativos.

En la escuela de la misión se dedicaba con tesón a la transmisión de los conocimientos recibidos. No le gustaba impartir clases fuera del horario, pero jamás lo rehuyó cuando se le pedía.

Durante su tiempo libre, visitaba a mucha gente, en particular, a los enfermos. Si alguno revestía especial gravedad, le visitaba con más frecuencia y se ingeniaba para llevarle medicinas.

Se le apreció mucho entre la gente como catequistas. “No hubo un catequista tan bueno como Pedro”, asegura To Uratun, uno de los que se beneficiaron de su enseñanza. Claro en sus exposiciones, sabía responder a las preguntas,

pues se había preparado concienzudamente. A la gente le resultaban agradables sus clases. Sencillo y amable, no se enfadaba ni se dejaba dominar por arranques de genio, sabía controlarse.

Se las componía, razonando amigable e incisivamente, para mediar entre los enemistados, hasta restablecer las buenas relaciones, con satisfacción por ambas partes.

Nunca, en sus actuaciones como catequista, per­siguió el halago de nadie. Enseñaba 1a fe y defendía abiertamente la moral católica. Si era necesario,

también reprendía. Una noche, él, acompañado de algunos amigos, fue a Vunadidir, cogió los amuletos mágicos, que la gente había escondido y no dudó en reprenderles enérgicamente, echándoles en cara su falso cristianismo.

Sus reprensiones - la gente se daba cuenta - no provenían de enfado momentáneo o de un carácter atrabiliario. Eran hijas de su celo ardiente, de su amor de auténtico pastor. Todo el mundo se percataba de que sus palabras nacían de su profunda vivencia. El mismo lo vivía, antes de enseñarlo. Practicaba lo que predicaba. El jefe Tata recuerda con elogio el buen ejemplo que Pedro ofrecía a sus paisanos.

Se mostraba consecuente con su fe, al revés de los catequistas protestantes. No buscaba su encuentro, pero tampoco lo rehuía. En más de una ocasión les advirtió amablemente: “Ustedes se limitan a repetir lo que se les dice, pero no demuestran haberlo entendido”.

La gente recuerda con encomio la caridad de Pedro, su preocupación por los indiferentes y por los pecadores. Trataba de ganarlos con palabras ama­bles y buenos consejos. Animaba a los que se aleja­ban de la iglesia y de la participación en los sacra­mentos, y procuraba su retorno.

Con su Párroco se mostraba igualmente leal y claro. Nunca le ocultó nada. le comunicaba cuanto sucedía y las dificultades encontradas. Delante de la gente, le defendía abierta y decididamente, cuando era necesario. Hasta es posible que por esto se enajenara algunas voluntades. Mientras duró la paz, nadie mostró su descontento.

Viviendo aún su anciano padre, Pedro representa­ba en cierto modo

la autoridad del gran jefe, que le apoyaba en privado y en público.

Cuando murió el 14 de Septiembre de 1937, Pedro, ya casado, añadió

a sus solicitudes habituales, el cuidado amoroso de su querida madre.

A nadie extrañaba oír a testigos oculares declarar que le habían

visto rezar a solas tanto en la iglesia, como en la granja.

Era un hecho cotidiano. Asistía a los diferentes oficios religiosos y comulgaba diaria­mente. Un hombre como él necesitaba la energía que sólo puede encontrarse en la oración personal, en la unión íntima con el Señor. Y más todavía cuando comenzó la guerra, con su secuela de miedos y dificultades.

Contra lo que se esperaba, tras la invasión de las islas, los japoneses arrestaron al P. Laufer. Pedro temió la profanación del Santísimo, que continuaba en la iglesia. Con todo respeto llevó a su caso el copón con las hostias consagradas, lo depositó en el lugar que le pareció más adecuado y encendió una lamparilla. Distribuía la Sagrada Comunión y se preparaba muy fervorosamente él mismo para comul­gar. Antes de tocar las sagradas formas, movido por la reverencia hacia el Santísimo, envolvía los dedos pulgar e índice en un paño blanco.

**EL ESPOSO**

La única fecha que, en la vida de Pedro To Rot, puede señalarse

como cierta y segura, es la de su matrimonio canónico. Se casó con Paula Ja Varpit el 11 de Noviembre de 1936 en la iglesia de Rakunai. Paula había nacido el 27 de Junio de 1920 en Ramalmal; pero, a los catorce años había venido a la granja de su madre en Rakunai. Asistía a la escuela de la misión y fué así cómo se convirtió en alumna de Pedro To Rot, su futuro marido.

Siguiendo costumbres ancestrales, la familia de Pedro ofreció

a la familia de Paula determinada cantidad de regalos, como collares de conchas, uten­silios de mil especies, etc. como "pago" por la hija para su entrega en matrimonio a Pedro.

Ambos, ya conscientes de lo que significaba el matrimonio cristiano, tomaron aquel acto como verdadera promesa de matrimonio hasta el momento de contraerlo según las normas cristianas. Todo ello no impidió que Pedro continuase dando clases a su prometida, sin que la nueva situación supusiera ningún privilegio para la alumna. Una vez, por soñar despierta, la distraída Paula se vio de rodillas y con los brazos en cruz durante un buen rato, como acontecía, por la misma razón, con otros alumnos.

El matrimonio fué muy feliz, aunque, al principio tuvieran sus dificultades. Lo cuenta Paula: “En lo comienzos tuvimos algunas peleas. La razón era que yo era un poco dura de mollera". Pero en situaciones de diferencia de opinión, era normalmente Pedro quien cedía primero. Hacía **por su esposa cuanto** estaba en su mano y acentuaba sus cuidados cuando le sobrevenía alguna ligera enfermedad.

Rezaban juntos por la mañana y por la tarde. El la hacía partícipe de todas sus inquietudes, especialmente durante la ocupación japonesa, cuando, debi­do a las caóticas circunstancias de la guerra, algunos rehusaban seguir las indicaciones del catequista e incluso su propio hermano Tatamay andaba des­orientado.

Nació su primer hijo el 5 de Diciembre de 1939. Lo llamaron To Puya, en memoria del abuelo, ya difunto, y en el bautismo le impusieron el nombre cristiano de Andrés. Anota To Burangan. compañe­ro de escuela de Pedro, que éste rezaba muy a menudo por su esposa y por sus hijos, especialmente por su primogénito. Le sacaba de paseo, le cuidaba, jugaba con él, de suerte que Andrés pasaba más tiempo con su padre que con su madre.

Dos años más tarde, en 1942, cuando ya la ocupa­ción japonesa había comenzado, nació una niña, Rufina Ja Mama. No cabe duda de que la vida de Pedro To Rot como esposo y como padre fué ejem­plar. Tenemos un testimonio espléndido en la decla­ración de su tío, el jefe Tarúe: "To Rot, afirma, era un hombre íntegramente bueno, que nunca decep­cionó. Eran sus palabras tan buenas como sus he­chos. Pensaba sólo en la religión. Su matrimonio fué para él sagrado y luchó contra la secularización del vínculo, defendida por otros.

Cuando prematuramente le fué arrancado a los suyos y martirizado, su esposa creyó enloquecer. Tenía, a la sazón, 25 años. A pesar de su juventud, no quería oír hablar de nuevo matrimonio: "Nunca encontraré un hombre como Pedro". Mas, a la vuelta de algunos años, presionada por los parientes y para atender al bien de sus hijos, tan pequeños, aceptó casarse de nuevo.

Llegados los japoneses a Vunapope, internaron a todos los misioneros, quedando en suspenso la escolarización. El P. Laufer obtuvo permiso de la policía japonesa para regresar a Rakunai. Mas, a las pocas semanas, después de Pascua del 42, desembarca en Vunapope la infantería de marina japonesa y le ordena, tanto a él como al P. Wendi y a las Hermanas MSC, dirigirse a Vunapope. La gente quedaba sola.

Es el momento en que la fe y la decisión del valiente catequista Pedro To Rot se manifiesta más pujante, al igual que el amor del pastor por su pueblo y la compasión por los más afectados por la guerra. Se consideraba responsable de la comunidad, llamado a cuidar de todo el pueblo de Rakunai, atender a los enfermos, los moribundos y los prisioneros.

Trató de llevarse muy bien con los soldados japoneses destacados en Rakunai. Les visitaba al atardecer, como antes hacía con su párroco. Hablaba con ellos de religión y se interesaba por su idioma.

Cuando notó que la situación se tornaba por momentos más peligrosa, recomendó a la gente que, como medida de seguridad, fuera retirando los objetos de la iglesia y de la casa del párroco y lo llevaran a sus granjas respectivas hasta tiempos mejores.

Celebraba ceremonias religiosas y continuó impartien­do clases a los niños. Bautizó a los recién nacidos y unió en matrimonio a las parejas católicas. Pidió a los católicos que se le unieran en peregrinación a Bitagalip. Era una caminata de seis a siete horas; pero allí, el P. Jünemann gozaba de cierta libertad y podía administrarles los sacra­mentos. Fueron muchos los que le acompañaron.

La iglesia y la casa parroquial quedaron destruidas durante el primer año de guerra. To Rot procuró que la gente levantara una nueva iglesia en la selva. cerca de Palnalama, y allí continuaron los servicios religiosos y la catequesis. Antes de finales de 1943 japoneses prohi­bieron vivir en las granjas y todos se dispersaron por la selva, si bien los domingos venían a la iglesia, para orar y celebrar funciones religiosas, hasta que, incluso esto. fue prohibido. Sólo pudo celebrar una Navidad en la nueva iglesia.

Pedro, en esta época, se ocupó especialmente de los enfermos y de los moribundos. Les visitaba, les exhortaba al arrepentimiento, les preparaba a bien morir: si sobreve­nía la muerte, cumplía con ellos la última obra de miseri­cordia, dándoles sepultura cristiana. Cuando le fue oficial­mente prohibido, continuó haciéndolo en secreto, incluso durante la noche, sin temer las desagradables consecuen­cias a que se exponía. '`Ante todo, la obra de Dios”, era su máxima.

Con frecuencia tomaba el largo camino hasta Vunapope para buscar las Sagradas Formas y poder administrar el Viático a los moribundos. Aprovechaba estas ocasiones para invitar a las gentes a la adoración del Santísimo.

En el tiempo en que las estaciones misioneras se vieron sin sacerdote, Pedro visitaba aquellos puestos de misión, en que había otros catequistas, para animarlos y exhortarlos; instruía al pueblo y celebraba matrimonios. A medida que los desplazamientos se hicieron más difíciles, les escribía breves notas de consejo y orientación. Así lo atestigua el catequista To Jura, de Vunadidir, uno de los beneficiados con las preciosas exhortaciones de Pedro To Rot.

Cuidaba con amor a los prisioneros. Preocupación primordial constituía la situación de su Párroco, internado en un campo de concentración . Pedro se las ingeniaba para reunir huevos y otros alimentos, esperaba a la noche y, hurtando la vigilancia, se los llevaba.

Cuando, a causa de lo enrarecida que se había tornado la situación, fueron los misioneros trasladados de Vunapope y se les construyó un campamento en medio de la selva, Pedro organizó una recogida de alimentos, ropa, utensi­lios diversos e, incluso, un camión japonés para el trans­porte: pero. llegados al campamento, todo fue requisado por la policía japonesa.

En Navidad del 44 Se enteró Pedro de que cuatro Hermanas MSC, recién capturadas por los japoneses, pasaban por Punarama, conducidas por los soldados desde Baining, donde trabajaban, para ser internadas en Ramale. Se trasladó inmediatamente a aquella población, lleván­doles alimentos y solicitando de la población que les ayudara. Eran las Hermanas Dorotea, Gertrudis, Elena y Luisa. Confiesa la Ha. Gertrudis que, durante los diez y siete días que estuvieron retenidas en el campo de concentración de Vunaira (Punarama), no les faltaron alimentos, ni jabón, ni quinina. Cuando se fueron, les pidió To Rot que presenta­ran sus respetos al P. Laufer y le comunicaran los bautizos, bodas y funerales que había celebrado en su ausencia.

A Vunalaka, filial de Rakunai, eran conducidos, de vez en cuando, algunos prisioneros procedentes de Célebes. Llegó un día a oídos de To Rot el hambre que pasaban . Sin pensarlo dos veces, cogió una gallina, la cocinó, corrió a donde estaban los prisioneros y se la pasó en secreto. Fue grande la tristeza de estos **hombres cuando más adelante** se enteraron del asesinato del catequista.

**DEFENSA DE LA SANTIDAD DEL MATRIMONIO**

Las dificultades en torno a la unidad e indisolubilidad del matrimonio, en el distrito confiado a Pedro To Rot. aparecieron, o por lo menos se agravaron, en el transcurso de una reunión mantenida en Vunakalkalulu. Allí tenía su residencia el todopoderoso jefe To Poe. Bajo su jurisdicción estaba parte del distrito misionero de Rakunai y también Nangnagunan y Vunakala, cuyos jefes inmedia­tos eran To Lapar y To Vue, respectivamente.

**Es el mismo To Poe quien ofrece al respecto el relato siguiente:**

Un día, la policía japonesa estacionada en Kalkalulu. Convoca a todos los jefes. Eran miembros del Mincebu, la Administración Civil Japonesa. Kueka San, oficial japo­nés, propuso a los jefes que tomaran una segunda mujer. Algunos se mostraron encantados. To Vue apoyó la propuesta, To Lapar la rechazó. Ambos pertenecían al distrito de Rakunai. Era evidente que esta reunión habría de aportar dificultades muy serias a aquellos católicos recién convertidos, que, además, carecían del apoyo de un sacerdote. Aquí comenzó la lucha de Pedro To Rot en defensa de la unidad e indisolubilidad del matrimonio.

El primero en intentar el matrimonio polígamo fue el joven policía indígena To Metapa, de la agrupación de policía japonesa de Vunaiara en Navunaram. Era metodis­ta, nativo de Nodup. Con la pretensión de convertirla en su segunda esposa, trató de ganarse el afecto y los favores de Ja Mentil, mujer casada válidamente por la Iglesia Católica con To Vinau, y enemistarla con éste. El tío de Ja Mentil, también metodista, se opuso al plan y Pedro To Rot consiguió hacer fracasar definitivamente el intento. Sin embargo el joven policía To Metapa jamás lo olvidó.

Siguieron otros casos: To Kabang, juez auxiliar del jefe To Lapar, tomó a Ja Lop como segunda esposa. To Lapar apoyaba al catequista Pedro To Rot sin reservas. Invitó a Tarue, el jefe de Navunaram, a solucionar el caso. Ambos trataron de convencer a To Kabang para que desistiera de su ominoso propósito. Desgraciadamente no lo consiguieron.

El segundo caso fue el de To Anot, juez auxiliar en Rakunai, que forzó a seguirle a Ja Palaka, mujer casada con Tarere.

Incluso el propio jefe de To Rot, Tata, sucesor del viejo To Puya, padeció una fuerte tentación, deseando a Ja Varvay: pero alguien se le adelantó y le dejó sin novia.

Fueron tiempos difíciles para Pedro To Rot; pero jamás se dio por vencido. El, único responsable religioso en el distrito, a causa de la reclusión del Misionero, se sentía impelido por su conciencia a decir serenamente: “'No puedes hacer eso”.

Y lo decía. En este aspecto, con nadie se comprometía. Y arrostraba el disgusto de los japoneses, que se servían de los polígamos, nombrándoles jefes o adjuntos. Cuenta el Jefe Tarue, cuya residencia se alzaba al lado del puesto de policía, que los japoneses aconsejaron al joven policía To Metapa presentar su caso ante la policía judicial japonesa. Todo el mundo estaba enterado del asunto Metapa.

To Rot, consecuente con su carácter apacible y en vista de las particulares circunstancias que atravesaban, nunca actuó ni brusca, ni apasionadamente con reprensiones destempladas o castigos. Siguió siempre, en situaciones tan espinosas, fiel a sus principios de amabilidad y persuasión.

Cuando To Metapa deseaba a Ja Mentil como segunda esposa, el tío de ésta se puso furioso ante tal pretensión y retuvo a su sobrina, alegando derechos de protección, que le correspondían, según las leyes del matriarcado, vigen­tes a la sazón. El desilusionado novio recurrió a las autoridades japonesas, hizo comparecer a tío y marido para castigarlos por su negativa a entregarle a su pretendida; arrestó al marido y le tuvo atado a un árbol durante dos días.

En cuanto To Rot se enteró, hizo que Ja Mentil, que era católica, se trasladase a Rakunai, y, en presencia del jefe Tata, la convenció para que fuera fiel a los manda­mientos de Dios y no abandonase a .su marido. Tanto el jefe como el catequista, les ofrecieron a ella y a su hermana Ja Ursula, refugio en Rakunai, para salvarlas del policía enfurecido.

Es comprensible que el enojo de To Metapa creciera de punto al ver frustrados sus planes por To Rot y que, en adelante, aguardase una ocasión propicia para ven­garse.

La fuerza protectora contra los desmanes morales, - ­era para todos evidente ‑ provenía sólo de To Rot, pues To Metapa nada tramó contra Tata, quien, después, ‑ lo hemos apuntado ‑ estuvo a punto de sucumbir a la tenta­ción de bigamia. Es difícil saber si le hubiera hecho desistir la intervención de To Rot. En todo caso. To Rot no se quedó callado, ni siquiera ante su propio Jefe.

Especialmente dolorosa resultó para To Rot la defec­ción de su propio hermano, que, en secreto, fue a visitar a Ja Tia, proponiéndole ser su segunda esposa. To Rot no se deja influenciar por los lazos familiares y se enfrenta con su hermano mayor de modo franco y decidido. No le permite convertir a Ja Tía en su segunda esposa, ni llevarla a vivir a la granja familiar Taogo, donde residía él mismo y sus dos hermanos. No importaba que Tatamai fuera el hermano mayor. Ante el empecinamiento de Tatamai en su propósito, To Rot le expulsa de casa, a él y a su pretendida segunda esposa.

Al principio se quedaron a vivir cerca de Vunavuvur: después marcharon más lejos, a Rajotop. Un sepia de los japoneses hizo saber al jefe Tata que Tatamai se había quejado al joven policía To Metapa, que, a su vez, informó a la policía japonesa. Esto explica la declaración de To Rot cuando, arrestado, le reprochó la policía haber negado a su propio hermano la posesión de Ja Tia.

La esposa legítima de Tatamai, Ja Tili, se quedó en Taogo, cuidando la casa de su marido. Tatamai, aún lejos de su hermano, no podía menos de sentir sus reproches y no aguantó mucho tiempo en aquel estado. A poco, despi­dió a Ja Tía (que, por otra parte, estaba seguramente harta de él) y regresó a Taogo, junto a su legítima esposa.

Sin embargo, la gente no olvidó el escándalo, y, en especial quienes vivían más lejos, le acusaron de traición a To Rot. Todos le culparon del arresto de su hermano, aunque él fuera detenido al mismo tiempo. Es significativo que en los procedimientos de la policía se reprocha a To Rot haber impedido a su hermano tener una segunda esposa.

Naturalmente, la culpa no la echaba la gente sólo a Tatamai, sino también a todos los que habían caído en la bigamia y, especialmente, al policía To Metapa. Mucha gente, quizá todos, opinan que la causa del martirio de To Rot fue su decidida defensa de la unidad e indisolubili­dad del matrimonio. Si se hubiera mostrado más permi­sivo con los elementos destemplados, no hubiera sido acusado por sus actividades de catequista y no hubiera sido asesinado.

A este propósito, el catequista To Labit ofrece su propia experiencia: Tanto él como su compañero To Vema se negaron a obedecer la prohibición de celebrar funciones religiosas. Cuando, poco después, fueron de­tenidos y conducidos ante los jueces japoneses, se les advirtió que “si no cesaban en la celebración de funcio­nes religiosas, serían primero encarcelados y luego ejecutados'`. Tras esta advertencia, les dejaron en libertad.

Pedro To Rot fué citado en numerosas ocasiones por la policía japonesa. No fue el único, como lo demuestra el testimonio que acabamos de citar; pero sí el único catequista de Racunai, que celebró las funciones religio­sas en secreto hasta el último momento. Otros incluso llegaron a suprimir la oración en grupos.

Además, la persecución religiosa no era igualmente severa en todas partes. Por ejemplo, mientras en Volavolo, cerca de la costa, fueron arrestados todos los catequistas y acólitos metodistas, en Rember y en Tavuiliu, cerca de Rakunai y en Rakunai mismo, nada de eso sucedió. Parece bastante claro que el arresto de Pedro To Rot fué debido solamente a la traición de sus paisanos.

**LUCHA POR LA LIBERTAD Y LA RELIGIÓN**

Todas las citaciones de la policía a To Rot tenían como

tema invariable la religión. Le citaron por vez primera al

comienzo de la ocupación japonesa. Hubieron de trasladarse a Rabaul, cumplimentando la citación judicial, To Rot, como catequista, y el jefe Tata, como responsable del pueblo de Rakunai. Se le preguntó a aquel si era el catequista y si celebraba funciones religiosas. Se le escuchó una doble respuesta afirmativa.

To Keta jefe de la policía nativa, estaba presente durante el interrogatorio. Había sido seminarista y habla­ba perfectamente el inglés, circunstancia que aprovechó para ofrecerse a los japoneses, en cuanto desembarcaron, como jefe de la ciudad de Rabaul. Animado de excelentes intenciones, quería ayudar en lo posible a sus paisanos y a la población entera. Hizo mucho bien a lo largo de su gestión, defendió la religión, y, en aquella audiencia, se puso decididamente al lado de To Rot.

La audiencia terminó con resultado positivo: No se suprimirían las funciones religiosas; pero, a causa de los bombardeos, procurarían no reunirse para la oración mas que en grupos de pocas personas y las funciones religiosas habrían dé celebrarse a primera hora de la mañana. To Rot asintió y ambos, el jefe Tata y él, retornaron a Rakunai.

Reinaba, a la sazón, una calma relativa y todo continuó como de costumbre. To Rot seguía celebrando ceremonias religiosas los domingos en la iglesia de la selva, en Palmalama, si bien en horas muy tempranas. De todos modos, la asistencia no era numerosa, ya que Rakunai contaba sólo con unos doscientos católicos.

Pasado algún tiempo ‑ a los japoneses les habían infligido serios quebrantos en la guerra y las incursiones aéreas eran cada vez más frecuentes ‑ fueron nuevamente citados por la policía el jefe y el catequista. Esta vez hubieron de ir a Ramata, un desfiladero de Ratavul, donde la policía había establecido sus dependencias en trincheras.

Se le preguntó al jefe si To Rot era catequista y a este si continuaba celebrando ceremonias religiosas, impartiéndoles a continuación la prohibición absoluta de cual­quier servicio religioso. ''Las celebraciones religiosas, les dijeron, son las causantes de la prolongación de la guerra.” Esto da una idea del miedo de los japoneses a que las oraciones dispusieran contra el Japón al Dios de los cristianos.

To Rot intentó explicarles que las prácticas religiosas

nada tenían que ver con el decurso de la guerra; que, por el contrario, la religión les proporcionaba fuerzas para

soportar las penalidades de la misma y les inculcaba la

obediencia hacia los japoneses. El oficial instructor le

impuso bruscamente silencio, sin revocar la orden: Cualquier función religiosa quedaba en adelante prohibida.

To Rot volvió a casa. Sabía que no podía ignorar la prohibición.

Empezó a trabajar con prudencia para no comprometer a otros y para evitar ser nuevamente arrestado. Confesó a sus cristianos: - “Quieren quitarnos

la oración, pero yo haré mi trabajo”.

Cavó un refugio en su granja de Taogo. Allí se reunían para la oración. Dejó de celebrar en la iglesia de Palmalama. Distribuyó en tres grupos de **oración a los** católicos para evitar aglomeraciones llamativas, y se reunía con cada grupo para que le **sintieran todos más** cercanos

Aconsejaba a la gente prudencia: "Rezad todos los días, pero muy de mañana, y en trincheras". Según el testimonio de su compañero de colegio To Burangan, lo decía teniendo en cuenta las incursiones aéreas, la exis­tencia de espías japoneses entre sus paisanos y la de aquellos otros para quienes su conducta representaba un incordio personal, los que habían rechazado públicamen­te la Ley de Dios.

El oficial japonés de la comisaría de Navumaram, convocó una reunión de los jefes y les conminó la prohibición de celebrar funciones religiosas. También To Rot y Tatamau estaban presentes. Tatamai refiere que "todos estuvieron de acuerdo” a causa **de los ataques** aéreos; pero To Rot se mantuvo callado". **Después dijo a** la gente: `'No os abandonaré, seguid acudiendo **cada día,** por la mañana lo más temprano posible".

Por tercera vez se citó a To Rot, junto con otras personas. En el camino les sorprendió un ataque aéreo, en el que estuvieron ¿I punto de morir, por lo que retornaron a sus casas Sin acudir a la citación en el día indicado.

Según los testimonios de los catequistas To Jura y Uvae y el hermano de To Rot, Tatamai, los japoneses señalaron que To Rot debía presentarse, aunque no lo hiciera el jefe. Le consideraban como una especie de guía de catequistas. El recibiría las consignas para pasárselas a los demás. Llegó, en efecto, To Rot, con un I grupo, a la policía. Los japoneses hablaron con él, pues, en ese tiempo ya comprendía algo de su idioma. Se valieron también de To Keta, el antiguo seminarista. El tema de la convocatoria era reiterativo, la prohibición de cualquier práctica de tipo religioso.

En otra ocasión hubo de ir solo a Ramata. Permaneció allí muchos días. Vuelto a casa, contó a su hermano Tatamai que le habían obligado a cavar refugios.

Siguió como siempre. Su valor y fuerza de voluntad eran indestructibles. Se percataba más y más de los peli­gros que corría; no vaciló, pero sí adoptó medidas de prudencia: Recomendaba a las familias rezar por separado, en sus casas. Iba de un lado a otro visitando enfermos y, cuando alguno moría, acudía de noche a rezar las oraciones de difuntos; al día siguiente se les enterraba sin ceremonia alguna.

To Joio, hermano de su amigo de infancia, To Buranga, volvió gravemente enfermo de Toma, donde había sido forzado a trabajar para los japoneses . To Rot le asistió en su agonía, rezó en su casa, aconsejó que no se hiciese ninguna manifestación pública de duelo que se le sepul­tara pacíficamente y se rezara por él en privado en las casas.

To Jura, catequista de Vunaidir, no tuvo en este tiempo muchas ocasiones de encuentro con To Rot. Testifica que To Rot le enviaba con frecuencia instrucciones escritas,recomendándole que cuidara asiduamente a los enfermos y les inspirara sentimientos de amor y de arrepentimiento de los pecados.

Le aconsejaba prudencia y que procurara que la gente no acudiera en masa a reuniones de oración, sino que los dividiera en grupos como él hacía en Racunai.